

Mi testimonio

Margarita Pérez

A Gabo, porque deseabas escribir y plasmar en papel tus sentimientos, tus vivencias y crudas realidades de la última etapa de tu vida. Porque querías compartir tu crecimiento interior con aquellos que se encuentran en condiciones semejantes a las tuyas.

Quisiera tener tu sensibilidad para expresarme, mas lo hago por ti y por mí, deseando que esto sea de ayuda y apoyo emocional para quienes sufren con esta terrible enfermedad, que necesitan escuchar y saber que no están solos, que hay otros que, al igual que ellos, hemos padecido no sólo la enfermedad, sino más aún, el rechazo que la sociedad ha establecido y que nos ha marginado, porque siguen creyendo que esta enfermedad sólo proviene de conductas anormales.

Para aquellos que están sedientos de una palabra de aliento para seguir adelante y para los que han perdido la fe en Dios.

Con esto concluyo la tarea que tenías pendiente y cierro un ciclo muy significativo en mi vida.

¿Cómo empezar mi testimonio de una corta vida donde hubo alegrías, tristezas, amor, odio, desesperación, envidia, barreras, unión, rechazo, aceptación, frustración, un gran amor, entrega total y, lo más valioso de todo, un profundo acercamiento a Dios?

Era el 19 de julio de 1985. Yo salía de casa cuando Gabriel se detenía en su auto, hubo un cruce de miradas y en un instante comenzó a hacerme plática con ese carisma que lo caracterizaba. Sus ojos verdes, de mirada profunda, me inspiraron ternura. Me pidió mi número telefónico para llamarme por la tarde. Todo el día quedó grabada en mi mente su imagen de joven audaz. Llegó la tarde y la hora señalada. Me sorprendí cuando sonó el teléfono y dijo: “¡Hola, linda!”, con lo que dio inicio una relación muy intensa.

Me llamó durante más de una semana, exactamente a la misma hora, parecía que sólo quería conocerme por teléfono. En las mañanas, cuando apenas amanecía, pasaba por la casa y me dejaba una pequeña tarjeta sobre el parabrisas de mi auto, con una nota de buenos deseos. ¡Por fin! Diez días después me invitó a tomar café y —¡qué decidido!—, al siguiente día, me llevó a su casa. Allí estaba doña Nelly, una mujer (llegada a México cuando la Guerra Civil española, y mexicana por convicción) de abundante cabellera gris, de voz recia, con un gran don para dar y compartir sin esperar nada a cambio. Ese mismo día conocí a tres de sus hermanas, las dos más pequeñas (Pita y Pily) y a Mary, una bella mujer tanto en su físico como en su interior, desprendida y siempre pendiente para apoyar a los suyos, para quien Gabo era como la niña de sus ojos.

Gabriel tenía seis hermanas. Una familia numerosa con muchos sobrinos. Desde el principio de la relación se sinceró, me habló con honestidad sobre su vida y sus duras experiencias. Tuvo una niñez

corta y difícil. Sus padres se divorciaron cuando tenía apenas cuatro años de edad; siempre carente del afecto y guía de su padre, se vio favorecido, consentido, por su madre y hermanas. Su adolescencia llegó muy rápido y la vivió con gente siempre más grande que él. No le gustaba la escuela, aunque tenía un coeficiente intelectual muy superior al normal; siempre inquieto, quería experimentar cosas nuevas.

Desde muy joven se fue de casa y comenzó a rodar de un lado para otro; regresaba a su casa y se volvía a ir. Se hizo de amistades que nada bueno le transmitían, por el contrario, lo inducían al vicio de la mariguana y el alcohol. Vivió algún tiempo en Cipolite y Puerto Ángel, Oaxaca, donde por encubrir a los amigos lo tomaron preso por tráfico de mariguana. Estuvo veintidós meses privado de su libertad, lejano a su familia. Ahí mismo tuvo contacto con un grupo de evangelistas y la oportunidad de estudiar la Biblia. Esto dejó fortalecido su espíritu para el resto de su vida.

Siempre estaba viviendo de prisa, le encantaba la velocidad. Tuvo más de treinta accidentes automovilísticos; uno de ellos marcó para siempre su destino: el último, justo un día antes de pedir mi mano.

Un mes después de haber iniciado nuestra relación, sentí miedo e incertidumbre; le pedí que continuáramos como amigos, pero no aceptó. Dijo que cuando daba un paso adelante, ya no se echaba atrás. Me pidió le diera la oportunidad de demostrarme cuán importante era para él, la mujer que siempre había buscado. Quería probarse a sí mismo cuánto había cambiado y lo que era capaz de hacer. En ese entonces trabajaba como supervisor de una compañía de productos avícolas, pero siempre estaba bajo la tentación del alcohol. Los clientes constantemente lo invitaban a tomar la copa, aunque él los rechazaba.

Aproximadamente dos o tres años antes de que lo conociera, por iniciativa propia se había internado en una clínica de rehabilitación para alcohólicos y drogadictos, apoyado económicamente por uno de sus cuñados. Pasó por terapias cruciales en su confrontación y

aceptación de la familia y de sí mismo y salió adelante. En agosto de 1984, él y un amigo que había conocido en esa clínica decidieron asociarse para maquilar ropa de mezclilla en Guadalajara; sin embargo, volvió a tomar. Sufrió un accidente automovilístico en el que se fracturó el fémur y la clavícula. Lo internaron en el hospital Beata Margarita, tuvo dos intervenciones quirúrgicas y recibió varias transfusiones, una de ellas de una donadora directa, de una amiguita que andaba con ellos en la farra y de quien, en realidad, no sabían gran cosa. Su hermana Mary lo rescató, como siempre, de los problemas en que acostumbraba involucrarse. Lo cuidó, alimentó y protegió hasta que pudo estar nuevamente de pie, aunque le quedó una ligera cojera y un clavo en el fémur que, tiempo después, habrían de extraerle.

Renunció al trabajo como supervisor de productos avícolas, pues día a día era mayor la tentación del alcohol. Después trabajó unos meses como representante de ventas de otro tipo de productos. Desafortunadamente, su plaza estaba en San Luis Potosí y su salario no le alcanzaba ni para cubrir sus gastos básicos, así que decidió dejarlo.

Varios meses después entró a trabajar a la industria farmacéutica como representante médico. Era tan inteligente que, durante su entrenamiento, siempre obtuvo las mejores calificaciones del grupo, razón por la cual tuvo la oportunidad de escoger la plaza donde trabajaría, y decidió tomar la de Puebla; de esta forma obtendría automóvil de inmediato. Yo estaba muy orgullosa de él y verdaderamente enamorada. Me dolía mucho que se fuera porque ya no lo vería tan seguido. No obstante, sentía que era el momento para su desarrollo y crecimiento, así que lo apoyé.

Ya para ese entonces íbamos a cumplir diez meses de novios, y Gabo ya me había hablado de matrimonio. Comenzamos a ahorrar y a hacer planes. Lo extrañaba muchísimo, aunque venía todos los fines de semana a verme. Vivía en una casa de huéspedes donde tenían mi teléfono para cualquier urgencia. Un día recibí una llamada de la dueña de esa casa, quejándose de la conducta de Gabriel.

Nuevamente estaba tomando, así que me dijo que no quería tenerlo más, que ya había contactado a su jefe para que fuera a recogerlo. Más tarde llamé a su supervisor, quien trató de tranquilizarme y darme consejos. Él, en algún tiempo, había pasado por lo mismo. Lo depositó en el hotel de un buen amigo, pidió que no lo dejaran salir y le llevó de comer. Lo dejó ahí hasta que pasó la crisis para hablar con él. Le brindó su apoyo y discreción. Gabriel, a pesar de todo, siempre fue un hombre muy trabajador y cumplido.

Pasaron uno o dos meses, y un fin de semana no llegó a verme. Al principio me sentí preocupada, enojada, con coraje porque no llegaba. Mi mamá me preguntaba qué pasaba, por qué no había llamado. Me sentía desesperada sin saber nada de él. El lunes, muy temprano, me llamó como si nada hubiera pasado, pero yo presentía que sí.

Al siguiente sábado llegó a verme. Venía un poco tomado, tratando de contentarme con un ramo de rosas rojas. Conversé con él y le hice saber que no estaba dispuesta a seguir con la relación si su conducta continuaba así. No quería compartir mi vida con alguien que decía amarme, pero que no se quería a sí mismo. Recuerdo que le decía: “¿Dónde está el Gabriel que conocí, decidido, fuerte, responsable, etc.?” No quería que me prometiera nada, sino que se convenciera de que podía tener las agallas para salir adelante, que debía aprender a quererse y respetarse. Ningún ser humano puede dar amor si no se quiere a sí mismo.

Íbamos a misa al día siguiente. Yo manejaba y, de repente, me pidió que me parara en una tienda. Su cuerpo comenzaba a temblar por la falta de alcohol y dijo que necesitaba al menos tomar una cerveza. No me detuve; si la quería, tendría que bajarse con el coche andando. “¡Por favor, párate!”, me lo pedía casi gritando. No lo hice hasta que, después de dar un largo recorrido, comenzó a pasar la crisis.

Nunca traté de chantajearlo pidiéndole que no bebiera si en verdad me amaba. Siempre tuve la plena seguridad de su amor, pero era esa maldita enfermedad del alcoholismo la que me hacía sentir

miedo y zozobra cada vez que regresaba a Puebla. Comencé a titubear, ¿realmente podía ser feliz con un hombre alcohólico aunque lo amara profundamente? Mis padres estaban cada día menos de acuerdo con nuestra relación. Mamá me presionaba demasiado, le hacía malas caras y malos modos cuando él llegaba a visitarme. Eso me angustiaba y yo me preguntaba, una y otra vez, si debía seguir. En cuanto lo veía, me decía a mí misma: ¡sí! Gabriel era un hombre que valía mucho. Sin embargo, sabía que estar tanto tiempo solo, lejano de su familia, de los seres que le amábamos, era contraproducente. Por un tiempo mejoraron las cosas.

El 2 de agosto de 1986 me dio el anillo de compromiso, justo al año de noviazgo. Un día antes de pedir mi mano, se tomó unas cervezas y chocó en la autopista México-Puebla y se fracturó la nariz. Parecía que siempre estaba desafiando a la muerte.

Decidimos casarnos por el civil en el mes de diciembre. Un día se presentó en la iglesia y juró ante Dios no volver a tomar. Cuando me lo confesó, dudé, pues sabía de personas con el mismo problema que, después de un corto tiempo, reincidían. En este caso, no fue así; Gabo jamás volvió a tomar una copa. En casa había vino para ofrecer a los amigos en reuniones, e incluso él se encargaba de atender a los invitados y preparar las bebidas. Pudo ser el mejor anfitrión y aprendió a disfrutar de ello sin tomar una copa.

Cuando nos casamos por el civil, fue su primera prueba. Después de la ceremonia nos reunimos con toda la familia a comer, brindamos y él lo hizo con una copa de refresco. El 25 de abril de 1987 nos casamos por la Iglesia; fue y ha sido el día más hermoso de mi vida. Nos casábamos ante Dios, no por nuestras familias o por convencionalismos sociales, sino porque estábamos plenamente convencidos de que Dios estaba con nosotros, de que nos había puesto en el mismo camino para entregarnos y amarnos en cuerpo y alma.

Tres meses antes de la boda enfermó de salmonelosis y, unos meses después de casados, ya viviendo en Puebla, le dio herpes zoster. Como tenía mucho contacto con médicos y visitaba muchos hospi-

tales, pensamos que lo había contraído en una de esas visitas por su cercanía con enfermos. El médico especialista que le atendió le dijo que probablemente estaba bajo de defensas, pero que no se preocupara, pues era como la varicela. Le recetaron antivirales y vitaminas y así tuve que aprender a inyectar; había que administrarle medicamentos día y noche. Tenía vesículas llenas de líquido desde la mitad del pecho hasta la mitad de la espalda. Le curaba y lavaba su ropa con mucho cuidado. Estas fueron las primeras manifestaciones de que era seropositivo y de que ya se encontraba en la fase III de la enfermedad y nosotros no lo sabíamos.

En octubre del mismo año, días después de que mi suegra falleciera, lo ascendieron como gerente de distrito y regresamos a México. Todo fue tan rápido que nos instalamos en casa de doña Nelly mientras encontrábamos un departamento de nuestro agrado. Afortunadamente, a través de mi concuño, conseguimos uno, en el que vivimos nuestros casi cinco años de matrimonio.

Gabo estaba muy contento con su trabajo, lo disfrutaba y siempre estaba motivando a su personal a trabajar en equipo. ¡Vaya que lo querían bien! Ante todo, los trataba con gran calidad humana.

Cuando me casé, renuncié a mi trabajo, pero volví al ámbito laboral tan pronto llegamos a México. Para el mes de noviembre, nos sentamos calmadamente a platicar sobre nuestros planes de tener familia. Acordamos que ya no tomaría anticonceptivos. Deseábamos con toda el alma tener nuestro bebé. Gabo quería tres niñas y yo alegaba que con dos era suficiente, pero él se reía. Hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance para ser padres, pero no sé aún si el destino nos hizo una mala jugada. Nunca me pude embarazar, siempre había falsas alarmas. Hubo momentos de mucha desesperación y envidia, no podía entender por qué Pily sí se había embarazado y yo no. Me preguntaba cuál era la diferencia, ¿acaso yo no merecía ser madre? Nos realizamos todas las pruebas, hacíamos todo al pie de la letra, como si fuera tarea y, mes tras mes... nada. Un día no pude más y solté el llanto. Tenía miedo, me sentía sumamente insegura,

pensaba que mi matrimonio podía fracasar. ¡Qué equivocada estaba! Gabo me hizo reaccionar y dijo: “Yo me casé contigo por amor, mas no porque quisiera tener un hijo. Sí, es cierto que uno me volvería loco, pero, entiéndelo, te amo, eres lo más importante para mí. Dios nos dirá cuándo y será complemento de nuestra relación”. Su actitud me hizo recapacitar y poco a poco me fui sintiendo mejor.

A mediados de 1988 le extrajeron el clavo que tenía en el fémur por el terrible accidente automovilístico que había sufrido. Esta pequeña intervención quirúrgica se la realizaron en el hospital Magdalena de las Salinas, donde también le hicieron una transfusión de sangre. Su recuperación fue sumamente rápida y muy pronto estaba reincorporado a su vida diaria.

A finales del mismo año, nuevamente aparecieron extraños padecimientos. Le brotó un granito en la rodilla, parecía como si fuera un berrito sin mayor importancia, pero creció terriblemente en un par de días y casi le impedía caminar. Recurrimos a urgencias del IMSS. Lo único que hicieron fue punzarlo para que drenara y saliera la infección. Sin embargo, al otro día tenía la rodilla como una bola de beisbol. Acudimos al hospital Los Cedros, en San Ángel. Ahí le tomaron una muestra para hacer un cultivo, que no arrojó ningún resultado extraño. Dijeron que parecía una simple infección, le aplicaron antibióticos muy fuertes para que cediera y tardó casi tres semanas en sanar. Preguntamos a los doctores por qué le había aparecido eso, ¿acaso le había picado algún animal? En otras ocasiones, de repente tenía diarreas de sólo un día que, de igual modo, se le quitaban, lo mismo que las gripas.

A principios de 1989 volvió a aparecer otro granito más, pero ahora en la pantorrilla de la otra pierna. Como en la ocasión anterior, tardó tres semanas en sanar. Le quedó un hoyo profundo, tal vez de medio centímetro. Le recetaron un polvo que usan los diabéticos para que los tejidos y la piel se restablecieran, con buenos resultados.

Ambos creíamos que sus diarreas se debían a que comía muy seguido en restaurantes debido a su trabajo y, de alguna forma,

podía estarlo resintiendo su organismo.

En agosto de 1989 renunció al laboratorio farmacéutico, a pesar de que estaba muy contento, ya que se le presentó (aparentemente) una muy buena oportunidad como gerente de ventas en una comercializadora. Sin embargo, todo lo que le habían ofrecido eran sólo palabras y nunca hechos, por lo que a los seis meses decidió renunciar e iniciar su propio negocio como introductor de pescados y mariscos. Este proyecto nunca llegó a realizarse, se quedó en sus inicios. Para ello, Gabo vendió el departamento que fuera de su madre y que estaba a nombre de él, y les dio una parte a sus dos hermanas más pequeñas.

En mayo de 1990 estaba feliz porque contaba con el capital para arrancar el negocio. Ya tenía una estrategia estructurada, pero dio comienzo la pesadilla. Todos los días tenía fiebre por las tardes y fuertes dolores de cabeza. Conforme avanzaba la semana, lo veía más delgado, pálido y sin apetito, lo notaba irascible y a la vez decaído. Consultamos a uno de mis con cuños, quien es médico, y ordenó unas pruebas de sangre para saber si tenía salmonelosis, pues el cuadro clínico se parecía. Sus resultados salieron negativos; sin embargo, al verlo en tan mal estado, le aplicó suero y antibiótico para atacar una supuesta infección.

Era domingo y lo seguía viendo mal, así que le sugerí ir al Seguro Social, pero se rehusó, decía que esperáramos a que hiciera efecto el antibiótico, aunque yo presentía que era un problema en su pulmón. Me daba cuenta de que, cuando dormía, su respiración era dos veces más frecuente que la mía. La fiebre no cedía y era muy difícil bajarla, lo inyectaba, ponía hielos en su cabeza, compresas en su abdomen y seguía en aumento, subía hasta 40°C. Tardaba casi dos horas en disminuir cinco décimas del termómetro, deliraba. Así pasamos dos noches casi en vela. Llamé al médico y le comenté lo que pensaba. Ordenó unas radiografías de tórax. Así lo hizo, pero se sentía tan mal, que no quiso esperar a que las interpretaran. Ese lunes el médico no pudo ir a revisarlo y, por la noche, nuevamente la fiebre era alta.

Me quedé vestida, semidormida junto a él, como a las cuatro de la mañana, hasta que el cansancio me venció.

Al poco rato me despertó muy asustado, me pidió que fuera por un médico pues no podía respirar y su corazón se estaba forzando. Yo tenía puestos hasta los zapatos, así que salí corriendo por un médico que vivía en la acera de enfrente. Lo revisó, vio las radiografías, sus análisis y comentó que había que hacerle más exámenes, porque éstos no le decían nada. Comentó que las manchas que aparecían en las radiografías se debían a que era fumador. ¡Qué equivocado estaba!

Dos de mis cuñadas, las más pequeñas, vivían en el mismo edificio que nosotros, así que corrí a pedirles auxilio. Carlos, esposo de Pita, sugirió que lo lleváramos al hospital Inglés, ya que se requería que un médico internista lo revisara. Convencimos a Gabriel y lo trasladamos rápidamente. Como siempre sucede, hasta en los mejores hospitales, aunque sea el área de urgencias, el servicio es lento. Después de casi media hora, apareció un médico, quien se sentó junto a él y preguntó con toda la calma qué era lo que le sucedía. Gabo estaba tan desesperado que le respondió a gritos: "Si supiera qué tengo, créame que no estaría aquí esperando a que me atiendan". El médico llamó de inmediato a una enfermera para que nos asignaran un consultorio. Me pidió que entrara con él y comenzó la lluvia de preguntas. Gabo casi no podía hablar, le faltaba el aire y continué respondiendo al médico. Enseguida le entregué los exámenes y, tan pronto como vio las radiografías, le diagnosticó neumonía.

A lo largo de la entrevista comenté que tal parecía que desde que nos casamos se había vuelto una persona enfermiza. Al término del historial, el médico dijo que había fuertes probabilidades de que fuera SIDA, ya que el tipo de enfermedades que había presentado en los últimos años eran padecimientos característicos en las personas seropositivas.

Me sentía como si estuviera flotando, me parecía que todo eso no era real. Mi pensamiento daba vueltas y vueltas. El médico me pidió que saliera por un momento, quería hablar con él a solas. Imaginaba

a qué se refería, necesitaba saber cómo había sido su vida sexual, a pesar de que ya le había hablado sobre los accidentes automovilísticos y las transfusiones. A los pocos minutos salió dando instrucciones de administrarle oxígeno y ponerlo en un cuarto aislado.

En la sala de espera estaban Carlos y Pita muy angustiados. Cuando me vieron salir, corrieron hacia mí preguntando qué era lo que tenía. Cuando respondí lo que el médico suponía, ambos dijeron: "¡No, eso no puede ser, por supuesto que no!" Me sentía atontada, aturdida; callé sin hacer conjeturas. Mi mirada se quedaba en blanco, como perdida en el vacío. Más tarde, ya en el cuarto aislado, los médicos dieron instrucciones muy precisas. Nadie podía entrar, excepto yo, obviamente tomando una serie de precauciones y no por mí, era por él. Su sistema inmunológico estaba muy débil, por consiguiente, no debían arriesgarlo. A la entrada tenía que ponerme una bata, tapabocas y lavarme las manos y los brazos hasta los codos.

Le ordenaron la prueba para saber si era seropositivo y le aplicaron antibióticos para atacar, antes que nada, la neumonía. El neumólogo solicitó broncoscopías para determinar qué clase de bacteria estaba alojada en sus pulmones. Gabo era de estatura media y bajó tanto de peso que llegó a los cincuenta y siete kilos. Casi no quería ni podía comer, pues apareció algodoncillo (cándida) en su boca. Únicamente podía comer papillas, como los bebés. Le rogaba para que comiera, le pedía que hiciera un verdadero esfuerzo, el suero no iba a ser suficiente para mantenerlo. Trataba de hablarle de otras cosas, prendía la televisión para que se distrajera, pero su mirada estaba triste. Tardaron un par de días en entregarnos los resultados y, una vez que la prueba Elisa salió positiva, decidieron verificar con la Western Blot, que también resultó positiva.

Llegaron los médicos especialistas a hablar conmigo. Me dieron la amarga noticia: Gabo tenía SIDA. Sentí que mi mundo se desmoronaba, como si me estuvieran sacando el corazón; un sudor frío recorría mi cuerpo. Me mantuve en pie, con la mirada fija y sin decir una palabra. Después de tal vez unos minutos, les supliqué que tu-

vieran mucho cuidado al darle la noticia. Les informé que Gabo era alcohólico y que, a pesar de que tenía tres años de no tomar una sola gota de vino, temía su reacción. Entraron a hablar con él, mientras se lo comunicaba a varias de sus hermanas, quienes soltaron el llanto.

Después empecé a caminar por ese largo pasillo, que sentía como si no tuviera fin, y comencé a golpear las paredes, desesperada y llorando. Casi en silencio repetía ¿por qué?, ¿por qué me tenía que pasar esto a mí? No era justo. ¿Por qué Dios se había llevado a mis hermanos mayores? Su muerte para mí había sido desgarradora, como si me hubieran quitado una parte de mi cuerpo. ¿Por qué se iba a llevar a la persona que más amaba? ¡Qué egoísta estaba siendo! En esos momentos no pensaba en él, sólo en mí.

Nelly, una de sus hermanas se acercó y dijo: "Dios así lo quiso, déjalo en sus manos". Para mí, en ese momento no existía Dios, me parecía injusto. No quería que nadie se acercara a consolarme ni que me tocaran, no deseaba escuchar nada. Sentía rabia, impotencia, coraje con el mundo, con la vida, hacia Dios. Después de un rato salieron los médicos. De inmediato cambié y me puse atenta a ellos. Dijeron que Gabo era una persona muy fuerte y que no tuviera miedo a su reacción.

Necesitaba entrar a verlo, así que respiré profundamente y me serené, sin dejar que una lágrima brotara de mis ojos. Cuando entré al cuarto, estaba totalmente quieto, con la cabeza baja. Me miró y preguntó: "¿Ya hablaron contigo los médicos?" Asentí. Me acerqué a él, le acaricié el brazo. Su mirada expresaba una profunda tristeza, pero se mantenía tranquilo y me dijo: "Maggie, puedes irte, tienes la puerta abierta, no tienes que quedarte". Sentía que me desmoronaba, mi corazón estaba hecho pedazos y le seguía acariciando el brazo. Me mantuve firme y le respondí que lo amaba y que no me iba a separar de él, quería estar hasta el último minuto cuidándolo. "¿Te das cuenta de que ya no vas a poder tener un bebé?" No me importaba. Vinieron a mi mente en ese momento las palabras que me había dicho cuando yo desesperaba porque no lograba emba-

razarme, así que le recordé: “Un día me dijiste que estabas conmigo por amor. Bueno, pues yo también te amo con toda mi alma y no me voy a ir. No necesito pensarlo más”.

Lo tomé de la mano, nos miramos calladamente con una profunda tristeza; era como si nos estuvieran clavando una daga. Había mucho dolor mezclado con el gran amor que existía entre los dos. Me parecía que nada de eso podía ser verdad, de mi boca no podían salir más palabras. Sentía una gran pena por él, me había quedado como pasmada, como si por unos instantes se hubiese detenido el tiempo. Parecía una pesadilla. De repente mis ojos se llenaron de lágrimas, pero aguanté el llanto. Una voz interior me decía que tenía que ser fuerte. Yo era su compañera, debía darle apoyo y valor para enfrentar este mal y al mundo que estaba al cruzar la puerta... un mundo diferente, desconocido, un mundo en el que tendríamos que aprender a vivir.

Después de un rato me preguntó si sus hermanas ya lo sabían. Le respondí que sí, aunque todavía no hablaba con ellas. Más tarde salí del cuarto y me reuní con cinco de ellas, sólo faltaba Mary, quien, para mí, era a la que más necesitaba en esos momentos. Ella se encontraba de vacaciones y hablamos por teléfono. Le pedí que regresara cuanto antes, teníamos que hablar.

Los doctores dieron permiso de que entraran a verlo de uno en uno, con la condición de que tuvieran extremos cuidados. Su sistema inmunológico estaba muy débil y debían tener suma precaución, cualquier cosa podía complicar su salud. Uno de mis cuñados sintió miedo y no quiso entrar a verlo, poniendo de excusa que debía retirarse a trabajar. Luego le prohibió a mi cuñada que sus hijos se acercaran a él. ¡Cuánta ignorancia sobre esta enfermedad! Ante esta situación, ella llamó al pediatra de la familia para preguntar qué hacer. El médico le explicó que el peligro no era para los niños, ellos podían abrazarlo, besarlo, tomar hasta del mismo vaso que él. El peligro era para Gabo, ya que si los niños tenían alguna infección, podían contagiarlo. Cuando me enteré de todo eso,

sentí rabia y coraje. ¿Cómo podía haber reaccionado así alguien de su familia, a quien Gabo le había tendido la mano en otras ocasiones? Tuvieron que pasar varios años, aun después de fallecido Gabo, para que yo sanara este rencor, que había quedado en mi corazón como una herida que no cerraba.

En adelante, todos los niños de la familia continuaron conviviendo con él, ya se tratara de jugar, de comer del mismo plato de sopa, de darle besos y hasta de chapotear en la alberca juntos.

En el hospital también estuvo presente su padre, a quien yo había visto en tres o cuatro ocasiones. Parecía afligido por Gabriel e interesado en su bienestar. Pobre hombre, nunca lo había hecho y entonces pretendía recuperar el tiempo perdido. Realmente nunca lo logró, ya que durante el resto de vida de Gabo, le llamó unas cuantas veces por teléfono; eso fue todo.

Trataba de poner orden en mis pensamientos. ¿Qué seguía? Necesitaba platicar con mis padres; les pedí que fueran al hospital. Cuando llegaron, hice mi mayor esfuerzo para que me vieran firme, serena, aunque sentí por un momento que no podía mantenerme de pie. A mamá se le llenaron los ojos de lágrimas y el rostro de papá entristeció enormemente. Como era lógico, me preguntaron si podía haber sido contagiada y les respondí que estaba bien y que me realizaría los estudios necesarios al siguiente día; sin embargo, presentía que no tenía ningún problema, aunque esto no era suficiente para calmar su angustia.

Por otra parte, les informé que no sabía lo que pensaban de todo esto, pero no estaba dispuesta a dejar a Gabo e iba a permanecer con él porque lo amaba verdaderamente. Mamá me miraba con ternura y sólo respondía: "Sí, hija, está bien". Ambos me brindaron su apoyo, pero ansiaba que me abrazaran, llorar mi pena con ellos y sentirme protegida, como cuando era niña, mas no lo hice, no quería preocuparlos más.

Unas horas después llegó mi hermano Alejandro, quien para mí había sido siempre un compañero; venía acompañado de su enton-

ces futura esposa. Cuando los vi no sabía si debía darles la noticia a ambos. Tenía mis reservas en cuanto a la reacción de ella. En ese mismo instante pensé que era una de las primeras situaciones que debía enfrentar y así lo hice. Ella casi desmayó al escucharme, después se repuso. (Confirmé que no estaba sola, Dios estaba ahí todo el tiempo, me daba entereza para afrontar cualquier situación y me mantenía de pie.) Ambos querían mucho a Gabo y le dieron grandes muestras de cariño.

El día que regresó su hermana Mary de viaje, recuerdo que estaba inconsolable ante la noticia. Le prohibí ver a Gabo hasta que se calmara. Esto le enojó muchísimo, aunque no me lo dijo hasta después de varios años. ¡Qué equivocada estuve!, pues en mi afán por cuidar el ánimo de Gabo, no permitía que él llorara y procesara su dolor con sus seres queridos.

Después de que confirmaron que Gabo tenía SIDA, fui a que me hicieran el examen. Dos días después, mientras me entregaban los resultados en el laboratorio, por unos minutos mi mente estuvo casi en blanco; la verdad, no me permití sentir nada. Luego presentí que mi salud estaba en buen estado y que no habría ningún problema. Gracias al Señor, así fue.

Tan pronto el infectólogo auscultó a Gabo, salí a hablar con el doctor. En mi mente surgían muchísimas preguntas. Lo primero era saber cómo debía cuidarlo, ¿qué podía comer?, ¿qué clase de precauciones se requerían?

El médico comentó que había que sacarlo de la neumonía y, cuando lo dieran de alta, podría llevar una "vida normal". Me dio las siguientes instrucciones: no debía comer en restaurantes hasta que se hubiese restablecido, sus alimentos tendrían que ser preparados con mayor higiene de la acostumbrada, no debía ingerir mariscos ni verduras crudas, a menos que fueran estrictamente desinfectadas; el agua, siempre hervida, no concurrir en lugares donde haya aglomeraciones —cine, teatro o cualquier lugar público—, pues es muy probable que haya gente enferma. Debía tener

un riguroso aseo de su persona: lavarse las manos antes de cada comida, lavarse los dientes tres veces al día, etc. Le pregunté qué cuidados debía tener con el baño: ¿debía desinfectarlo cada determinado tiempo o qué? “No, señora, no hay necesidad. Haga el aseo como siempre, sólo tienen que usar cloro para lavar la taza de baño. Sus cosas personales, como el rastrillo y su cepillo de dientes, como siempre, sólo él debe usarlos. Si hubiera alguien de la familia que estuviera enfermo, sugiero que no se acerque a él.” También me comentó que había varios libros que nos podían ayudar a saber todo lo relacionado con el SIDA. Estaba atenta a cualquier cosa que me aconsejara y me guiara, aunque el médico parecía no tener mucho tiempo para explicarme.

Más tarde, Gabo me pidió que fuera a visitar a su dentista, quien además era nuestro amigo, y le explicara lo sucedido, pues le había realizado un par de extracciones y había tenido contacto con su sangre. Estaba muy preocupado por él.

Por otra parte, recordamos que en enero de ese mismo año (1990) me habían practicado una laparoscopia en el hospital de Perinatología para investigar la causa por la que no me embarazaba. Como es requisito indispensable en estos hospitales, un familiar debe donar sangre. Gabo había donado y, en ese tiempo, a la entrada del Banco de Sangre un letrero indicaba que se realizaba la prueba de VIH antes de la donación. ¡Qué gran mentira y falta de ética! Si eso hubiera sido cierto, nos habríamos enterado de que Gabo era seropositivo. Me queda muy claro que esto no habría cambiado el final, pero tal vez sí lo habría retrasado o, al menos, le habría dado la oportunidad de tener una mejor calidad de vida.

Gabo me pidió que fuera inmediatamente a hablar con mi ginecólogo, teníamos la responsabilidad y obligación de hacérselo saber, pues, en vista de lo sucedido, no tenían ninguna precaución en el manejo de la sangre.

Estuvo internado en el hospital Inglés aproximadamente diez días, durante los cuales me di cuenta de que existía un amplio des-

conocimiento del SIDA entre médicos y enfermeras. Algunas de éstas no querían hacerse cargo, tenían miedo de ponerle un supositorio para bajarle la fiebre. Yo discutía con ellas y con los médicos. Ahí estuve con él, sin despegarme, me daba lo mismo si era de mañana o de noche. A ratos salía del cuarto para ver a la familia y despejar un rato mis pensamientos, por momentos no sabía lo que quería, acababa de salir del cuarto y ya deseaba volver a estar adentro, y viceversa. No me sentía tranquila en ningún sitio.

El infectólogo nos informó que había un medicamento que les proporcionaba una mejor calidad de vida (AZT), pero no le aseguraban por cuánto tiempo, pues eso dependía de su organismo.

Tan pronto le dieron de alta, visité a su dentista, quien se lamentó profundamente por Gabo. Me dio las gracias por haberle avisado y me aseguró que se haría el examen.

Luego visité en su consultorio particular a mi ginecólogo, quien se sorprendió al verme y me preguntó qué hacía ahí. Empecé a llorar y, con palabras entrecortadas, traté de explicarle lo que sucedía y nuestra preocupación respecto a la donación. Se quedó impresionado y me pidió el teléfono de casa, ya que él personalmente hablaría con el director de Perinatología.

Al otro día, efectivamente, recibí una llamada urgente para que me presentara a hablar con el jefe de consulta externa. El médico dijo que habían revisado sus registros y que, afortunadamente, esa sangre no se había utilizado; después de un tiempo se había desechado. No sabía si creerles o no, era una prueba contundente de su terrible negligencia y falta de ética profesional, pues no estaban realizando los exámenes como lo indicaban. Le comenté que estaba ahí porque ni Gabo ni yo deseábamos que eso volviera a suceder. Lo dejaba a su conciencia; nosotros estábamos cumpliendo como seres humanos.

El médico se mostró sorprendido por nuestra apertura al informárselo. Me ofreció apoyo psicológico y me sugirió que leyéramos varios libros sobre SIDA. Accedí a la cita con la psicóloga, quien des-

pués de escuchar mi breve relato, dijo que no necesitaba apoyo, pues ambos manifestábamos una gran entereza y mente abierta para manejarlo.

Gabo fumaba demasiado, casi se terminaba dos cajetillas diarias. El médico le recomendó que lo dejara. Sabía que sería muy difícil para él y así fue, nunca dejó de fumar. Disminuyó su consumo, pero decía que sólo si le aseguraban que por cada cigarrillo que omitiera tendría más tiempo de vida, lo suspendería.

Ya en casa nos ocupamos en leer sobre SIDA, compartiendo y comentando todo, desde las cosas más simples hasta las más complejas debido a los términos médicos. Me dediqué a cuidarlo y a mimarlo durante casi cuatro meses, en los que dejé de trabajar. Me esmeraba en su alimentación, que fuera balanceada y nutritiva. Él puso mucho de su parte y logramos que subiera quince ki-los de peso hasta llegar a setenta y dos. Su semblante y su estado físico se renovaron increíblemente, mas su estado emocional era muy diferente. Había días en que estaba sumergido en depresión y otros en que se le veía reanimado.

Las primeras consultas fueron con el infectólogo del hospital Inglés, pero ni a Gabo ni a mí nos satisfacía su trato, así que nos re-comendaron a otro, Samuel Ponce de León, en aquel tiempo di-rector de Conasida y que, además, trabajaba en el área de infec-tología en Nutrición.

Acudimos a la primera cita, ¡qué diferencia entre un médico y otro! Gabo se sentía con la confianza de preguntar cuantas dudas saltaban a su mente. Le ordenó el examen de conteo de células CD4 para saber exactamente cuál era su estado y le prescribió el AZT, advirtiéndonos que, en un principio, tendría efectos secundarios un tanto graves, pero que eso iba a pasar una vez que su or-ganismo lo empezara a asimilar. Todas las dudas que nos surgían al leer los libros, él nos las aclaraba. Las consultas, los análisis, eran costosos y los medicamentos aún más. El dinero que teníamos para el negocio empezaba a acabarse. Estaba muy

preocupada, así que un día me atreví a comentarle a Samuel que ya no teníamos dinero y le pregunté si nos podía ayudar para que lo atendieran en Nutrición. “¿Por qué no me lo habían dicho antes? Por supuesto que sí, mañana mismo mi secretaria se pondrá en contacto para darles una cita. Los recibirán en consulta externa para hacerles un estudio socioeconómico y darle ingreso como paciente.”

Cuando obtuvo los resultados del conteo de células CD4, le pronosticó un año de vida tomando el Retrovir (AZT). Hizo mucho hincapié en que todos los medicamentos prescritos debía tomarlos siguiendo una estricta disciplina, pues de ello dependía su calidad de vida y que el medicamento cumpliera con su función.

Tomé la decisión de no comentar que Gabo tenía SIDA con nadie más que con los familiares más cercanos, a quienes les pedí discreción. Me alejé de mis amigos, no quería que me cuestionaran, y a aquellos que se enteraron de su hospitalización les dije que le habían descubierto cáncer en el hígado. Había mucho desconocimiento del SIDA; la gente creía que se podía contagiar por el sólo hecho de darle la mano. El desgaste emocional por el que estábamos pasando ya era suficiente como para arriesgarnos a algún rechazo y conductas hostiles. Creo que, por naturaleza, los seres humanos siempre tendemos a la curiosidad, aunque no estemos involucrados, y nos asustamos de los demás sin antes reflexionar en nosotros mismos.

En julio o agosto del mismo 1990, un día Pita llegó corriendo para avisarnos que, al parecer, ya había cura para el SIDA. Había oído en la televisión una entrevista realizada a un médico procedente de Atlanta, quien decía poder curar el SIDA mediante una operación a corazón abierto, a través de un calentamiento de la sangre a alta temperatura. Entonces apareció una estrella que emanaba una gran luz de esperanza.

Llamé a Televisa para investigar el nombre exacto del médico y saber dónde lo podíamos encontrar. Sólo conseguí su nombre, así que imaginé que debía estar hospedado en un gran hotel y tomé

el directorio. Primero llamé al María Isabel y después al Presidente Chapultepec, donde lo localicé, pero no contestaron en su habitación.

¡Cuánto nerviosismo! Comencé a armar las preguntas que le haría en inglés para no perder ni un segundo en caso de localizarlo. Llamé de nuevo como a las diez de la noche y, con suerte, él me contestó. Me identifiqué y le dije que mi esposo estaba enfermo, que habíamos escuchado sobre la cura y que deseábamos verlo. Accedió a nuestro llamado haciéndonos saber que su tiempo estaba muy limitado. Nos citó para el día siguiente a las nueve de la mañana en el lobby del hotel.

Gabo y yo sonreíamos, la estrella de la esperanza brillaba en todo su esplendor. Nos despertamos muy temprano, Gabo iba de traje, se veía muy guapo, nadie podía imaginar que tenía SIDA. Parecía que íbamos a un desayuno de negocios. Llegamos al lobby con un cartelón con su nombre: "Dr. Kenneth Alonso". A los pocos minutos se acercó a nosotros un hombre alto, delgado, con cara de intelectual. "Soy yo", nos dijo. Le invitamos a tomar un café para charlar. Dijo que estaba muy sorprendido de ver a Gabriel en tan excelentes condiciones después de lo que había pasado. Nos habló de su tratamiento, que era sumamente costoso, y nos comentó que en un par de días realizaría una operación en México. En caso de decidirnos, teníamos que conseguir el hospital en el que pudiera hacerla.

Me preguntó sobre mi salud y si ya me había realizado los exámenes. Por otra parte, me recomendó que si en algún momento Gabo llegaba a tener fiebre y no cedía rápidamente, debíamos acudir enseguida al médico, ya que se encontraba en la fase IV de la enfermedad, en la que son sumamente sensibles a cualquier virus o bacteria. Mientras conversábamos con él, se acercó un muchacho extranjero, bien vestido, guapo, con grandes manchas en su cara, tenía sarcoma de Kaposi. Gabo y yo nos quedamos perplejos e impactados al verlo. Ambos confirmamos lo que ya habíamos leído. El SIDA no se manifiesta de igual forma en cada individuo.

Debido a que su estancia en México era muy corta y estaría sumamente ocupado, nos dio su teléfono en Atlanta, donde podríamos localizarlo. De regreso a casa, la estrella empezaba a perder su brillo, la emoción con que habíamos despertado esa mañana se iba desvaneciendo. Estábamos serenos, muy pensativos y, por momentos, un tanto incrédulos. Nació en nosotros una semilla de duda y comentamos que si esto era verdad, era muy extraño que en Estados Unidos no hubiese sido la gran noticia y que se hubiera difundido por todo el mundo. No sabíamos si todo esto era un sueño o una pesadilla y decidimos esperar a platicar con nuestro médico.

Varios días después acudimos a su cita periódica. Le relatamos nuestra entrevista y, cuando terminamos de hablar, nos dijo: "Ya lo sabía. Este fin de semana estuve en Atlanta y me encontré con que, efectivamente, es médico, pero sólo tiene un laboratorio que no es reconocido. Además, gracias a colegas muy cercanos, acabo de enterarme de que en un hospital de la colonia Roma realizó una operación por la noche, sin autorización de los médicos directivos. Su paciente falleció, así que se fue inmediatamente del país". Con esto nos quedó muy claro que era un charlatán, como otros que se dedican a la medicina herbolaria y que se atreven a asegurar que pueden curar el SIDA.

Se nos acabaron los ahorros y, mientras conseguía trabajo, recibimos ayuda de Mary, de mi papá, de una de nuestras sobrinas y de mi mejor amiga, quienes nos apoyaron económicamente sin siquiera habérselo solicitado, aunado, por supuesto, a su apoyo moral, que fue una parte muy importante del pilar que nos sostuvo en pie.

Dios nos daba pruebas de que siempre estaba con nosotros y obtuve un buen trabajo. Me quedaba muy retirado de casa, pero no me importó, necesitaba el empleo. Invertía horas en transportarme. Para mí, cada minuto que pasaba era importante, deseaba estar el mayor tiempo posible con mi flaco.

Después de trabajar llegaba a prepararle con esmero, con dedicación, la comida para el siguiente día. Le mimaba y consentía to-

dos sus antojos. La mayoría de las veces, me condicionaba a que yo también cenara, así que gané unos kilos.

Muchas veces, mientras manejaba en mi trayecto a casa, sentía un nudo enorme en la garganta y rompía en llanto. Me embargaba la tristeza, el dolor, la desesperación. Eran los únicos momentos en que me permitía desahogar mi pena. El camino se me hacía eterno y, cuando llegaba a casa, la expresión en mi rostro daba un giro completo. Tan pronto le veía, le regalaba mi mejor sonrisa. ¡Cuánta fuerza me daba Dios! Gabriel iluminaba mi vida, mi existencia.

En agosto de 1990 tuvimos la oportunidad de irnos con Mary y su familia a Cancún. Consultamos al médico si era posible viajar y nos dijo que sí. Obviamente debíamos tener todos los cuidados que ya conocíamos: no debía tomar agua en ningún restaurante, sólo que ésta fuera embotellada, no hielo, podía meterse a la alberca sin ningún peligro, no mariscos, pescado solamente bien cocido, no verduras crudas, etc. Disfrutamos de una bellísima semana, hasta fuimos a bailar. En un principio yo no quería que fuéramos, pues son lugares muy concurridos, pero Gabo estaba animado y deseaba ir. Otro día fue a pescar con su sobrino y disfrutó plenamente de cada momento.

Llegó la Navidad y acordamos con la familia de Gabo que cenaríamos juntos. Estuvimos tan contentos que incluso Gabo preparó la pierna para cenar, con el mismo entusiasmo y dedicación que en otras navidades.

Algunos días nuestras vidas eran como antes, como si nada hubiese sucedido y todo llevara su rumbo normal.

Tenía aproximadamente ya seis meses en mi trabajo y vivía en tensión constante por la lejanía de la casa al trabajo. Un buen día conseguí otro empleo en una empresa que estaba a dos cuadras de casa. Parecía como si me hubiera caído del cielo, pero me cuestionaba: ¿qué voy a decir, cómo renuncio? Dios estaba ahí y me iluminó. Tuve que inventar que nos íbamos a vivir al norte de la República. Mi jefe me recompensó con un mes de salario por mi labor. Nos hacía

falta dinero y esto fue un verdadero regalo.

Trabajar en la otra empresa me permitió pasar más tiempo con Gabo. Él ya estaba de mejor ánimo, quería trabajar, pero no sabía en qué ocuparse. Tenía pánico de conseguir trabajo y no poder cumplirlo. No tenía la menor idea en qué momento podía enfermar. ¿Qué pasaría, qué explicación daría? Había días excelentes y días pésimos en los que se agotaba con tan solo caminar dos o tres cuadras, eso lo desconcertaba muchísimo, era algo que no podía controlar.

Algunas tardes rentábamos películas y cuando eran cómicas y lo escuchaba reír a carcajadas, como un niño, le daba gracias a Dios por permitirnos gozar de momentos como ése. Siempre había sido un compañero detallista, tierno, cariñoso y, a raíz de su enfermedad, fue más notorio.

Recuerdo un día en que Mary nos invitó a comer. Estábamos platicando, riendo, disfrutando del momento. De repente, nos miró a los dos, se llevó las manos a la cara y soltó el llanto diciéndonos: “¿Cómo pueden estar con tanto ánimo? Yo aún no lo puedo aceptar. Discúlpenme, pero no puedo”. Gabo y yo nos miramos, a mí se me arrasaron los ojos de lágrimas y después respondí: “Hemos aprendido a vivir con ello, y el tiempo que estemos juntos deseamos disfrutarlo al máximo”. No teníamos tiempo para lamentarnos.

En Semana Santa nos fuimos con ellos a Taxco, tomamos el sol y disfrutamos de verdaderos días de descanso.

En mayo de 1991 estaba a gusto trabajando cerca de casa, me acababan de dar la planta. Desafortunadamente, se cambiaban al norte de la ciudad. Cuando supe la noticia, me sentí acorralada y hablé con mi jefe. Tuve que decirle que no podía irme a trabajar tan lejos, pues Gabo tenía contados sus días de vida. Nuevamente aparecía el miedo a decir la verdad y al rechazo, mentí otra vez y dije que Gabo tenía cáncer. Mi jefe habló inmediatamente con el director general, quien accedió a darme una liquidación y me permitieron ocupar el tiempo que fuera necesario para buscar empleo. ¡Gente tan linda como ellos siempre permanecerá en mi corazón con

un eterno agradecimiento por su ayuda y protección!

Cerca de casa había unos laboratorios farmacéuticos a los que llegué a tocar la puerta y me dieron empleo inmediatamente. Dios siempre estaba ahí con nosotros. Sin embargo, qué difícil fue mi estancia. Mi jefa era una mujer déspota, agresiva, sin calidad humana. Si hubiese estado en otra situación, habría renunciado el mismo día de mi ingreso, pero la necesidad no me lo permitía y mi cercanía con Gabriel era vital. Aquella situación era desgastante, me sentía agobiada y me mantenía alejada de mis compañeros de trabajo para que no tuviesen oportunidad de hacerme preguntas personales. El círculo de personas con quienes nos relacionábamos era ya bastante reducido.

Gabo quería trabajar y sentirse productivo, lo cual le serviría también para mantener su mente ocupada. Mi concuño tenía planeado criar pavos en su rancho para venderlos en la época navideña, así que dejó que Gabo se encargara del negocio. Yo no estaba convencida de que fuera la mejor opción para trabajar, pero se veía entusiasmado. Inmediatamente compró libros sobre avicultura y en un par de semanas ya estaba empapado del asunto. A veces se iba el miércoles por la mañana y regresaba el sábado a medio día. En el rancho no había teléfono y me quedaba siempre preocupada. Él tenía que manejar en carretera y estaría en contacto con animales; eso no era sano, mas no lo podía reprimir. Estaba animoso, gustoso, como no lo veía hacía mucho tiempo. Me daba cuenta de que lo disfrutaba, me platicaba de las noches en que había lluvia de estrellas y los momentos de encuentro con él mismo, con Dios, con la naturaleza.

Cada vez que se iba al rancho, lo mandaba con provisiones de comida, agua, medicinas, y le hacía una lista para que no olvidara nada. Sin embargo, esta actividad duró poco, pues en septiembre de 1991 comenzó a sentirse enfermo, decaído, muy pálido y con intensos dolores de cabeza. Cada mes le hacían exámenes de sangre y el doctor que le atendía en Nutrición no se había percatado de que su hemoglobina estaba muy baja. Samuel no lo veía directamente,

pero un día me dijo que si algo se nos ofrecía, sabíamos dónde localizarlo. Lo llamé y le expliqué cómo se sentía Gabo. Me pidió que le leyera los resultados del examen de sangre y, de inmediato, me ordenó que lo llevara a urgencias para que le realizaran una transfusión. Tan pronto le pusieron la unidad de sangre, regresamos a casa y comenzamos una rigurosa sobrealimentación con Ensure, jugo de carne, además de verduras, frutas, carne y pescado.

Gabriel se recuperó muy pronto y, entonces, fue a visitar a un amigo que tenía un lote de automóviles y con él estuvo trabajando vendiendo coches dos o tres veces a la semana.

Ya se había cumplido el año de vida que el médico le había pronosticado y dábamos gracias a Dios por permitirle continuar en este mundo.

Un día, alguien nos comentó que había un lugar llamado Monte María, donde el sacerdote hacía la imposición de manos y muchas personas se habían aliviado de sus enfermedades. Nunca supe si eran católicos, evangelistas, cristianos, etc., ni siquiera si era un templo o iglesia. Es enorme, no hay imágenes y tiene únicamente una cruz al frente. Asisten cientos de personas, niños, adultos y ancianos desde muy temprana hora. La ceremonia dura aproximadamente dos horas, mismas que se nos hacían como media hora. Había cantos al unísono y, lo más impresionante, una intensa energía, una paz que nos hacía sentir como renovados, era la entrega de nuestra mente y corazón a Dios. Lo vi llorar con el sentimiento de un niño. La primera vez que estuvimos presentes, recuerdo que llorábamos sin poder detenernos durante toda la ceremonia. Era una misa de sanación y no sólo se refería a enfermedades físicas, sino más bien del alma, de lo más valioso que tiene el ser humano. Fue una hermosa experiencia donde las palabras no alcanzan a describir lo que nos sucedió. Se palpaba una gran energía espiritual. Una vivencia que nunca voy a olvidar. Era como si un rayo de luz hubiera penetrado nuestra alma, lo más profundo de nuestro ser.

Con esta enfermedad surgen muchas dudas en lo que se refiere

a límites de lo que se puede hacer o no. Son cosas de las que uno no se da cuenta ya, porque las hacemos por rutina, tan sencillas como cortarse el pelo. A él le aterraba que el estilista pudiese cortarlo con las tijeras y la otra persona estuviera en contacto con su sangre. En otra ocasión tuvo que ir al dentista, quien lo recibió con los brazos abiertos, un gran profesionalista y ser humano.

Afortunadamente, gracias a Dios, una linda persona, amiga de la familia, consiguió que durante casi año y medio le dieran sin costo alguno los medicamentos que le prescribían. Mi sueldo no hubiera alcanzado ni siquiera para comprar la mitad de ellos.

Mamá le consentía y todos los domingos que los visitábamos le preparaba sus antojos, lo que a mí me llenaba de gusto.

Cuando íbamos a consulta en Nutrición, veía hombres y mujeres en estado deprimente, no sólo físico, se notaba que estaban aislados del mundo. En sus ojos había una profunda soledad, no hablaban con nadie, se sentaban alejados. Constaté que esta enfermedad no respeta clases sociales, sexos ni edades y, por supuesto, tampoco se manifiesta exclusivamente en los homosexuales, a quienes, sinceramente, me costó mucho trabajo ver como seres humanos que sufren igual que los demás y aprender a respetarlos. Observé que, generalmente, iban acompañados de su pareja, que se preocupaba y estaba pendiente de su salud. La sociedad los critica y margina severamente, sin darse cuenta de que, en muchas ocasiones, su actitud ante esta enfermedad no tiene punto de comparación con la de los heterosexuales. Se apoyan mutuamente, se cuidan y procuran. Me encontraba con mujeres, amas de casa que habían sido contagiadas por sus esposos, y reflexionaba nuevamente sobre mi salud. ¡Gracias, Señor, por tenerme sana!

Conocimos a un muchacho homosexual, brillante, que escribía para una revista y que fue despedido cuando se enteraron de que tenía SIDA. La propia familia lo había sacado de su casa y no quería saber nada de él. Entonces me pregunto: ¿cómo es posible que exis-

tan personas así?, ¿acaso no tienen sentimientos?, ¿qué los impulsa a actuar con esa frialdad y desamor? Pues sí, sí los hay, y es que no creen en Dios ni existe en ellos esa fe que te motiva, que te alienta a enfrentar las vicisitudes de la vida, que alimenta día a día tu alma, tu espíritu, que te da fuerza para seguir adelante y no abatirte ante nada ni nadie.

En una de las consultas médicas me atreví a preguntar si podríamos tener relaciones sexuales, obviamente usando condón, y si aun esto representaba riesgo. El médico me respondió: "Sí, sí pueden, mas esto es bajo su riesgo. El uso del condón no es ciento por ciento confiable; además, depende mucho de ustedes que le den el uso apropiado".

Suena raro que haya hecho esa pregunta, pero para mí, en ese tiempo, me parecía extraño. ¿Qué marcaba la diferencia si, desde la primera relación que tuvimos, Gabo ya era seropositivo y teníamos varios años de tener relaciones sexuales? Además, nunca habíamos usado un condón. Claro está que ninguno de los dos sabía que él estaba enfermo. Debía tomar conciencia. El que no me hubiera contagiado no representaba ninguna seguridad. Un día de los que Gabo se sentía y se veía bien, tanto física como emocionalmente, hablamos y decidimos hacer el amor. Nos entregamos en cuerpo y alma, como siempre lo habíamos hecho, pero con todos los cuidados y precauciones. Era maravilloso disfrutarlos nuevamente, sentir la plenitud de nuestro amor y permitirle seguir sintiéndose un hombre viviente.

Era curioso, de repente, de una u otra forma, estábamos en contacto con información sobre SIDA, aunque no estuviéramos en busca de ella. Recuerdo que transmitieron un programa de televisión, conducido por Nino Canún, en el que hubo una cantidad enorme de llamadas de los televidentes para hacer preguntas vitales, como cuáles eran las causas de contagio. Había gente enferma que tuvo gran valor para pararse frente a las cámaras y hacer público su dolor, su coraje, su desesperación, su marginación.

Conforme pasaban los días, en mi mente surgía más miedo, miedo al final, que podía llegar en cualquier momento; angustia e incertidumbre a lo desconocido. Eran muchas las complicaciones que podrían presentarse y, aunque me daba ánimo y fortaleza y me decía a mí misma: “vamos, no te des por vencida”, había días en los que quería retroceder el tiempo y que nada de eso hubiera sucedido.

Gabriel continuó conviviendo con todos los sobrinos pequeños, incluso con los bebés. No me cabe la menor duda de que el gran apoyo familiar que recibió de ambos lados y el amor que le dábamos ayudó en gran medida a que tuviera una mejor calidad de vida.

Mis amigas y compañeras de trabajo con quienes había compartido muchos años cuando éramos solteras y que habíamos crecido y caminado juntas una etapa importante de la vida, ya se habían casado, al igual que yo. La mayoría ya eran madres y llevaban una vida común. Me preguntaba por qué mi vida no era normal, como la de ellas, con sus altas y bajas, como suele suceder, pues en este mundo no hay nada ni nadie perfecto. Esto era algo difícil de asimilar. A veces sentía una enorme frustración y coraje. Todas mis ilusiones y sueños habían sido coartados. Reflexionaba sobre mi proceder y mis acciones hasta donde mi memoria alcanzaba y concluía que no había sido mala hija, hermana, amiga. Había cometido errores, como cualquiera. ¿Por qué no tenía la oportunidad de formar una familia común? Hay muchas parejas que pasan una vida entera juntos, peleando y destruyéndose, sin valorar lo que tienen, sin respeto ni amor por su pareja y, a veces, ni por ellos mismos.

Ya no había planes ni metas ni sueños, sólo era el día a día. El mañana era sólo eso, el día siguiente. A pesar de ello, cada amanecer le daba gracias a Dios por dejar a Gabo a mi lado un día más. Nunca perdimos la fe y esperábamos que cualquier día descubrieran la cura para el SIDA o, al menos, otro medicamento que le prolongara la vida. Aprendimos a vivir el presente, a disfrutarlo intensamente y a gozar de las cosas más sencillas.

Yo no era infalible y me enfermé de laringitis. Se me complicó

con otitis, una fuerte tos y tenía fiebre. El otorrino me sugirió que no estuviera cerca de Gabo y, por lo tanto, no podíamos dormir juntos. Una noche me sentí mal, quería que Gabo me apapachara, pero no podía estar cerca de mí. Quería permanecer en cama, pero ¿cómo pedirle que se fuera a dormir a la sala? Sin decirnos una palabra, él tomó su almohada, una cobija y salió enojado, molesto porque iba a estar incómodo. Le pedí que se quedara, yo sería la que se iría a la sala; luego discutimos por un momento. Entristecí y comencé a llorar sin que se diera cuenta. ¿Por qué tenía esa actitud conmigo cuando necesitaba sus cuidados y por qué se mostraba egoísta? Me parecía injusto. De repente apareció frente a mí, se sentó en la orilla de la cama y comenzó a acariciarme la cara con sus ojos llenos de lágrimas: “Perdóname, soy un tonto. ¿Cómo pude enojarme si eres lo más importante para mí?” Me besó y dijo: “Me voy a quedar contigo y nada me pasará. Ya verás que no voy a contagiarme”. A los pocos días ya estaba aliviada y él, bendito Dios, se encontraba muy bien.

Únicamente dos de mis amigas sabían que Gabo tenía SIDA. Un día una de ellas, llorando, me llamó por teléfono. Necesitaba verme; se le escuchaba desesperada. Más tarde llegó a casa a darme una amarga noticia: su esposo tenía cáncer en las glándulas salivales y los médicos le pronosticaban tres meses de vida. Ambos matrimonios habíamos sembrado una gran amistad y esta noticia nos golpeó muy fuerte. El día que lo operaron, Gabo no tuvo el menor titubeo para visitarlo en el hospital, aunque no debía concurrir a esos lugares. Trató de darle apoyo moral y reanimarlo. Afortunadamente, ellos tuvieron la oportunidad de irse a Estados Unidos, donde lo operaron y su vida se prolongó. Murió año y medio después que Gabo.

En noviembre de 1991 apareció nuevamente otra luz de esperanza. Se hablaba mucho de un lugar cerca de Querétaro donde había un manto acuífero del que, decían, brotaba agua que curaba enfermedades que la medicina no podía sanar. Allá me dirigí, acompañada de mi concuño Carlos, quien siempre estuvo al pendiente de Gabo hasta sus últimos momentos. Recuerdo que salimos como

a las cuatro de la mañana, bien abrigados, pues ya era invierno. ¡Qué impresión nos llevamos al llegar a ese lugar llamado Tlacote! Cientos de personas formaban una fila que parecía no tener fin. Algunos venían desde el norte de la República, otros habían llegado un día antes y habían dormido en sus autos, sin importarles las inclemencias del tiempo con tal de conseguir un poco de agua. Oíamos de un lado y de otro que era agua milagrosa; se decía que había curado a muchas personas. Estaba muy nerviosa, porque sólo daban agua a cierto número de personas diariamente. Por lo tanto, no tenía la seguridad de conseguirla ese mismo día. Estuve esperando mi turno y, cuando me faltaban unos cuantos para entrar a lo que parecía una gran hacienda, cerraron la puerta. Nadie más podía entrar y sentí que mi esperanza se derrumbaba. ¡Cuánta angustia! La gente estaba desesperada; todos queríamos conseguir aunque fuera un poco.

Previamente había salido un hombre que sólo permitía que se formara una persona por cada enfermo. Además, pedían un certificado médico que indicara el tipo de enfermedad. De repente salió el dueño y, entre la gente y a empujones, logré acercarme a él. Le rogué, llorando, que me dejara entrar, que mi esposo tenía SIDA. No me importaba si en esos momentos tenía que arrodillarme para que me oyera. El hombre me permitió la entrada y me llevó con él, confirmando que me darían el agua. Se mostró muy interesado. Comentó que ya había tenido dos casos con SIDA y que, aparentemente, se habían curado. Mi corazón se llenaba nuevamente de regocijo, esperanza y fe.

Era impresionante la cantidad de gente que estaba adentro. Me asombró ver los enormes tanques de agua, mucho más grandes que una pipa de agua. Contaban con una gran organización. Cabe mencionar que jamás me pidieron un peso. Alguien había tratado de sobornar al vigilante de la entrada, pero no lo aceptó. El dueño, a quien llamaban ingeniero, me informó que esta agua tenía propiedades fuera de lo común y que habían venido desde Japón para analizarla.

Me indicaron que debía tomar un vaso cada hora, no debía ser hervida, pues perdería sus propiedades naturales. La cantidad que me proporcionaron alcanzaba para quince o veinte días y tenía que regresar por más. Recuerdo que me dio unas palmadas en la espalda diciéndome: "No se preocupe, ya verá que su esposo se va a aliviar. Manténganos al tanto". A pesar de todo lo que había oído y de ver la gran demanda que el agua tenía, me preocupaba saber que Gabo la tomaría sin hervir. Él también lo sabía y así qui-so tomarla. Hacía todo cuanto le sugerían. En su desesperación por encontrar la cura, incluso llegó a ver a brujos y charlatanes.

En dos o tres ocasiones le hicieron tres punciones en la médula espinal para tomar muestra del líquido y prever que hubiese alguna infección. Asimismo, le extirparon uno de los ganglios linfáticos que se encuentran debajo de la axila.

Llegó el mes de enero de 1992 y unos días estaba bien y otros pre-sentaba fiebre. En Nutrición lo revisaron, le hicieron algunos análisis y no encontraron nada anormal. No obstante, el doctor le sugirió que se internara para tenerlo en observación, aunque sabíamos de antemano que no era conveniente por la cantidad de infecciones que pululan en los hospitales; además, no había lugar disponible en el hospital. Transcurrieron unos días y parecía haberse estabilizado. Estábamos a fines de enero y fue nuevamente a su revisión periódica. Había continuado con fiebres esporádicas por las tardes, sin embargo su semblante y su peso no se habían afectado en absoluto. El médico dijo que no había nada que hacer, pues no presentaba ningún otro síntoma o molestia.

Domingo 9 de febrero. Despertamos casi al mismo tiempo, vol-teó, me miró con extrañeza y me dijo: "¿Y tú quién eres?" Por unos instantes pensé que estaba bromeando, luego sentí como si me hubiese caído un balde de agua fría. Lo miré sorprendida. A los pocos segundos reaccionó: "¡Hola, mi amor!, ¿cómo amaneciste?" Me quedé perpleja y no hice ningún comentario. Desayunamos como siempre y más tarde fui a casa de mis padres. Cuando regresé a casa,

Gabo aún estaba en pijama y viendo la televisión de lo más normal. Comimos y después se quedó dormido, así que aproveché para ir a la casa de una de sus hermanas y comentarle lo que había sucedido. Le pedí su apoyo para que, a partir del siguiente día lo cuidaran mientras yo estaba trabajando, ya que sentía que algo extraño le estaba sucediendo. Cuando volví a casa, mamá me llamó preocupada porque, en mi ausencia, Gabo le había contestado que yo aún no regresaba y que ni siquiera había comido. Con esto confirmé que estaba teniendo pequeñas lagunas mentales, lo cual me preocupó mucho. Ya en la noche, cuando lo vi descansado y muy lúcido, le hablé con todo mi amor y con el mayor tacto posible, pues quería comentarle lo sucedido y decirle que me daba cuenta de que estaba perdiendo la noción del tiempo.

Desde ese día, me encargaría del control de los medicamentos, anotando en cada caja cómo debía tomarlos. Estuvo de acuerdo y me comentó que se percataba de que había algo anormal y que le preocupaba mucho. Gabriel había sido muy disciplinado en la forma en que tomaba sus medicinas, siempre puntual y sin olvidarse de ninguna. Llevó una excelente profilaxis, la cual le permitió tener una mejor calidad de vida y su tiempo se prolongó un año siete meses a partir del momento que empezó a tomar el AZT.

Al otro día, muy temprano, llegó Pily a hacerle compañía y se turnaba con Pita, pues ambas tenían que cuidar a sus propios hijos. Hablamos con Samuel y, a pesar de sus influencias, no conseguimos cama para internarlo en Nutrición. Ya era miércoles y el médico nos informó que había hablado a Neurología, pero desafortunadamente tampoco tenían lugar.

En esos días lo visitó su mejor amigo, a quien le pedí que si Gabo no lo reconocía o le decía cosas extrañas, no tratara de ubicarlo en la realidad, que lo escuchara y fuera paciente con él. Gabo sí lo reconoció, pero le preguntaba por sus amigos mutuos, como si el tiempo hubiera retrocedido y fueran adolescentes, como si los años no hubiesen transcurrido y se acabaran de ver el día anterior.

Yo dormía por ratos y me daba cuenta de que él tampoco dormía bien. Cuando se quedaba dormido, hablaba fuerte, estaba muy inquieto, como si estuviera discutiendo con alguien. Ya no debíamos dejarlo fumar a solas, había que estar muy pendientes, pues podía quedarse dormido con el cigarro encendido. Observaba que, en ciertos momentos, él no veía bien, como si no pudiera enfocar las imágenes, perdía la proporción de la distancia y le costaba trabajo agarrar las cosas.

Jueves 13 de febrero. En el transcurso del día hubo visitas de la familia, pero llegó la noche y todos se despidieron. Tenía miedo de quedarme sola con él. Les pedí que alguien más se quedara, pero nadie pudo hacerlo. Cuando todos se habían ido, estaba aterrada, temblorosa y temía que el sueño me venciera y no me diera cuenta de si él necesitaba algo. Decidí no acostarme y permanecí en la sala tomando café y fumando para mantenerme despierta, alerta. Gabo se quejaba mucho de dolor de cabeza. Los lapsos más largos en que lograba dormir no eran de más de treinta minutos. Se levantaba al baño, cerraba la puerta y se quedaba sentado sobre la tapa del sanitario, semidormido. Lo dejaba un momento y luego fingía que no me daba cuenta de lo que estaba pasando. Le ayudaba a lavarse manos y dientes y lo llevaba nuevamente a la cama, como si fuera mi niño. Al poco rato, se levantó rápidamente y se dirigió a la cocina. Quería abrir la puerta del refrigerador como si fuera la puerta de entrada, buscaba a alguien, quería meterse. Le tomé de la mano con paciencia y lo convencí de que regresara a la cama para que descansara.

Decía que no podía acostarse bien, que era muy fuerte el dolor de cabeza. Le puse varias almohadas y le sugerí que se sentara de lado, que así estaría mejor. Durmió tal vez una hora, se despertó y me pidió que le encendiera la televisión. Recuerdo que transmitían las olimpiadas de invierno y comenzó a explicarme cómo entrenaban y la velocidad a la que bajaban de la montaña. Eran las tres de la mañana y ahí estábamos los dos, sentados a la orilla de la cama, fumando un cigarrillo, como si fuera una tarde de sábado, de esas

en las que nos gustaba quedarnos en casa juntos, descansando, disfrutando de la compañía mutua, sin preocuparnos por nada.

Viernes 14 de febrero. Amaneció y llegaron mis cuñadas a cuidarlo, les puse al tanto de cuán larga había sido la noche. Me acerqué a él para despedirme. Como siempre lo hacía, me dio la bendición y dijo: "¡Cuídate!"

Llegué a mi trabajo muy nerviosa, con zozobra y desesperada, pues deseaba estar con él. Alrededor de las once de la mañana me llamaron para avisarme que Gabo estaba muy mal, no había querido desayunar y tampoco había querido tomarse las medicinas. No reconocía bien a sus hermanas. Sin embargo, salió por su propio pie para que lo llevaran a urgencias de Neurología. Tan pronto pude, me fui al hospital. Me estaban esperando en urgencias. Acababa de llegar el jefe de Infectología, quien ya sabía del caso, pues los de Nutrición habían hablado con él días antes. Gabo estaba en un pasillo, acostado en una camilla, con los ojos cerrados, al parecer, la luz le molestaba demasiado. Tenía hipo desde la madrugada, sólo que ya era más intenso. Estaba como semidormido, como semiconsciente, hablaba y hablaba. Parecía como si le hubiesen dado una droga. No obstante, sabía y oía que yo estaba ahí, me apretaba la mano. Se sentía apenado, pues había perdido el control de esfínteres y su pantalón estaba mojado.

Llegó el médico y lo revisó rápidamente en el pasillo. No podía determinar qué era lo que tenía, podía ser toxoplasmosis. Era difícil dar un diagnóstico, sin embargo sugirió que se le hiciera un estudio de imagen por resonancia magnética. Estos estudios generalmente son muy costosos y, debido al tiempo que les toma con cada paciente, deben programarse. A pesar de ello, se consiguió que lo realizaran en ese momento.

Le pedí al médico que me dijera la verdad, ¿acaso era el final? Me respondió que no lo sabría hasta ver los resultados del examen. Podía administrarle un medicamento específico para toxoplasmosis sin tener la seguridad de que así fuera y había que esperar su reacción.

Para realizar la imagen por resonancia, se requería quitarle todo

lo que tuviera metal, así que había que retirarle su puente dental. Mi cuñada no podía quitárselo, así que me acerqué y le pedí que me ayudara a incorporarse, pero me decía que no, porque se iba a caer. Lo abracé fuertemente y le recordé que yo lo cuidaba. Lo recosté y entonces confirmé que ya no veía nada. Mi corazón se rompía al ver su sufrimiento. No pude más y me salí llorando a la sala de espera. No quería que se percatara de mi tristeza. Fue el último momento que hablé con él y que estuvo consciente.

Debido a que su cuerpo temblaba demasiado, tuve que llamar a un anesthesiólogo para continuar con el estudio, pero su organismo no resistió y tuvo un paro respiratorio. Había hemorragia en el esófago. Lograron estabilizarlo y no hubo más estudio. Gracias al soporte económico de dos de sus cuñados, pudimos internarlo en el hospital Ángeles, así que lo trasladamos en ambulancia. Lo llevaron a terapia semiintensiva, pues ya no había mucho que hacer. Llegó la noche. La familia ya se había retirado. Una de mis mejores amigas cuidaba a Gabo, mientras yo descansaba unos minutos. De pronto, empezó a estar inquieto. Por error, las enfermeras no le conectaron la sonda para extraerle las flemas y sufrió otro paro respiratorio. Esto debe haber sido muy traumático para él, pues a pesar de que estaba sedado, se incorporó bruscamente, abrió mucho los ojos y con gran desesperación trató de arrancarse los tubos. Esta imagen se quedó grabada en mi mente durante muchos días y me hacía estremecer. Los médicos tardaron más de una hora en estabilizarlo, para entonces ya estaba amaneciendo.

Sábado 15 de febrero de 1992. Muy temprano llegó su médico y me dieron tres opciones. Tratarlo como si tuviera toxoplasmosis y esperar la reacción, aunque no se sabía el grado de lesión de sus neuronas. Otra, llevarlo a casa con oxígeno y vivir día a día su deterioro hasta que llegara el final. La última, retirarle todos los medicamentos y suministrarle el mínimo de suero y oxígeno, hasta que su corazón dejara de latir.

El médico y yo sabíamos cuánto le preocupaba a Gabo que-

dar postrado en una cama o silla de ruedas sin valerse por sí mismo. Así que tomé una decisión y se la comuniqué a sus hermanas. Tomé la tercera opción y le pedí al médico que lo mantuviera sedado para evitarle más dolor físico y emocional. Toda la familia estuvo reunida junto a él, dándole muestras de cariño y amor.

Su fallecimiento ocurrió al mismo tiempo que caía la noche. Su respiración empezó a descender y se quedó como dormido. Su partida dejó un gran vacío en mi corazón y en mi vida por muchos años. A su deceso, no me permití llorar mi pena como cualquier ser humano. Esto es vital para el cuerpo y para el alma, mas tuvieron que pasar varios años para procesar su muerte.

Tres años después tuve que tomar terapia psicológica, pues de no haberlo hecho, jamás hubiera cerrado el círculo del duelo. Pero me olvidé de lo más importante y me alejé de Dios. Un día, alguien me dijo que sentía pena al verme tan sola. Sus palabras me sacudieron de los pies a la cabeza y me hicieron pensar y reflexionar en lo que había aprendido al lado de Gabo. Recuperé mi fe y un gran amor por nuestro Señor, el mejor alimento para el alma, que nos da paz espiritual, fuerza y entereza, sobre todo en los momentos agobiantes y difíciles que se nos presentan durante nuestro paso por este mundo y que nos permiten crecer para, algún día, alcanzar la luz divina.

Recuerdo con gran claridad que Gabriel, todas las mañanas —antes de decir buenos días—, se sentaba en la orilla de la cama, abría su Biblia y hacía oración, era como su pan y agua de todos los días. Era un ser humano como cualquiera de nosotros, que su-po, al igual que tú, de angustias, miedos y fuertes depresiones, pero su alma fortalecida por el amor a Dios y su gran fe fueron sus guías para aprender y aceptar vivir con esta enfermedad.

De esta etapa tan intensa en mi vida, aprendí varias lecciones y resumo que:

- Gabriel y yo no hubiéramos podido enfrentar esta enfermedad sin nuestra fe en Dios, porque sin Él no somos nada.

- A ti, que eres seropositivo o que ya desarrollaste SIDA, no estás sólo. Dios está cerca de ti, permítete sentirlo en tu corazón.
- No olvides que el silencio y la negación son grandes obstáculos para seguir adelante.
- Cuídate, sigue al pie de la letra las indicaciones de tu médico, porque eso te ayudará a tener una mejor calidad de vida.
- Infórmate, documéntate sobre la enfermedad, externa tus miedos y tus inquietudes con alguien de tu confianza, con un profesional en la materia.
- No reprimas tus sentimientos, date la oportunidad de llorar y de reír.
- Pon orden en tu vida, aún tienes tiempo para hacerlo.
- A ti, si tienes un familiar, amigo, compañero de trabajo o vecino que se encuentra en condiciones parecidas, ayúdalo, tiéndele tu mano, dale apoyo, escúchalo, dale amor.

Gracias, Señor, por habernos ayudado y guiado por el mejor camino para vivir ante este mal. Gracias por habernos acercado a familiares, médicos y amigos que nos abrieron sus brazos y sus corazones para darnos su apoyo incondicional. Bendice, especialmente, a todos aquellos que se encuentran en circunstancias similares.

Hoy no me queda la menor duda de que Dios siempre, siempre, está con nosotros. Ahora, ¡siéntelo tú, que Dios también está contigo! Abre tu corazón y recíbelo con júbilo.

Jesús le dijo: yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.

Juan 6: 35